

¡En ella está América la nuestra!... Ahí estamos todos.

Mas la prosa genuinamente europea; la prosa del futuro de América en el sentido natural de los principios de su técnica, tenemos que ir a buscar— ¡quién habrá de dudarlo!— en Sanín Cano, en Pedro Emilio Coll, en Ventura García Calderón, en Jesús Semprum; prosa que, como la de Gavinet y Ortega y Gasset, son producto de una cultura cuidadosa y de un renovado ejercicio artístico.

Todo eso es América. Con esa representación tenemos para vindicarnos ante el mundo. Y la escuela necesita, por

cultura y por amor patrios, dar a conocer esos sus valores todos.

El horizonte se extiende a nuestra vista, tentador: la Grecia antigua está ahí en ese valle deslumbrante que es Rodó; El Renacimiento italiano, en Ruffino Blauco Fombona, Díaz Rodríguez y César Zumeta; y los Siglos de oro españoles, en Martí y Enrique Rodríguez Larreta...

Los campos están florecidos y un aire de primavera invita a trabajar! Nombres faltan para el entusiasmo del maestro o del discípulo.—pero la idea ahí está, como una bandera de combate, esperando la mano que la quiera empuñar...!

Victor Manuel Cañas

Limón, enero de 1931.

Estampas

El cuento del hombre que tuvo un ojo de cerdo Y otro cuento de Herodoto

— Colaboración directa —

De pequeños reíamos con regocijo oyendo referir la historia del hombre a quien el cirujano trasplantó a la órbita vacía el ojo de un cerdo. La visión del operado era normal mientras frente a sí no hubiera un charco. Gustaba de la belleza del mundo como todos los seres vivientes, pero en cuanto las aguas inundadas proyectaban su tentación al ojo de injerto, su alma completa se conmovía por un ímpetu demoníaco. Sentíase arrastrado a la suciedad y tenía que batallar heroicamente para no chapalear barro y mugre. Desconocía el infeliz el secreto de la operación y no podía explicarse la atracción que lo tiranizaba.

La historia de los esclavos escitas narrada por Herodoto nos ha refrescado ese cuento hace tantos años oído. La reflexión ha ido hacia las ataduras que sujetan la vida humana a taras indestructibles. Al regresar los Escitas de la conquista de la Media después de años de ausencia, encuentran cerrado el camino de los hogares. Una prole de jóvenes les salía feroz al paso y para impedirles la entrada habían cavado un foso ancho que cubría una extensión muy vasta. A lo largo de él plantaron sus reales y «resistiendo a los Escitas que se esforzaban para entrar en sus tierras, vinieron a las manos muchas veces, hasta que al ver que las tropas veteranas no podían adelantar un paso contra aquella juventud, uno de los Escitas habló así a los demás: «¿Qué es lo que estamos haciendo? Peleando con nuestros esclavos... Oíd lo que he pensado, que dejando nuestras picas y ballestas, tomemos cada uno de nosotros el látigo de su caballo, y que blandiéndolo en la mano avance hacia ellos; pues en tanto que nos vean con las armas en la mano, se tendrán aquellos bastardos miserables por tan buenos y bien nacidos como nosotros sus amos. Pero cuando nos vieren armados con el azote en vez de lanza, recordarán que son nuestros esclavos, y corridos de sí mismos se entregarán todos a la fuga». Y

los Escitas hicieron restallar el látigo. Oyólo aquella prole de jóvenes y un espanto tremendo causado por el miedo de los azotes los dispersó enloquecidos. La tara del esclavo los venció. Eran hijos de los esclavos de los Escitas y de sus mujeres infieles.

La tara del liberto es espantosa. Todas las ataduras a la tiniebla son infernales, pero el hombre no se redime de aquella que constituye su propia alma. Los esclavos de los Escitas vieron en éstos un enemigo que había que fulminar. Armaron a sus hijos que eran la prole de jóvenes invencibles y los lanzaron a la batalla. Nada parecía disminuirles su imperio juvenil. Sin embargo, más que las armas que causaban la muerte, había un poder incontenible que los anonadaba. La tara del liberto es espantosa. Los jóvenes Escitas no pudieron resistirla y bastó el sonido del látigo para que sus almas huyeran abatidas.

No se salva ningún liberto de la sumisión al amo. El secreto para dominarlo está en dar con el sonido, o con la voz de mando, o con el lugar en donde precisa poner el puntapié. En cuanto el descubrimiento aparezca, el liberto se perfila siniestro y repugnante. La narración de los Escitas explica a los pueblos la razón de que un hombre conserve su preeminencia mientras viva, no obstante haber menguado la grandeza con que logró imponerse. Domina

muchedumbres de libertos. Las ve y las trata como amo. Las humilla, no las respeta. No tiene por ellas ni siquiera estimación. Una vez perdida quieren enfrentarsele aunque con timidez, pero él les suena el látigo y vuelven a servirlo, a hacer de turiferarios.

¿Por qué, se preguntan algunos, aquel hombre tan despreciado, tan herido en su decoro, sigue de nuevo a su humillador y lo proclama grande e insustituible? Porque ese hombre, replicamos nosotros, es un liberto. Lo hirieron, le dieron el trato aniquilador y sin embargo, olvida aquella vergüenza para levantar el estandarte de elogio. Recordamos cómo lo escarneció el que ahora ensalza. Recordamos cómo le amargó la existencia a su padre, cómo hizo de él un estropajo público. Y nada hay por detrás que reclame una conducta decorosa ante el personaje que vuelve a pedir el favor colectivo. ¿Superioridad de alma? Nó. Para que esta virtud diera su fulguración tendría que ser muy grande la capacidad del hombre por quien lucha y quiere que los demás luchen. Pero ese hombre no es grande. En su actitud hay ambición. De modo que es otra la explicación.

¿Cuál? La de que es un liberto y necesita el imperio del mando hiriendo sus oídos o sus posaderas. El personaje conoce la sumisión del alma del liberto y la enfla a sus designios cada vez que convenga a sus pasiones. Intente el liberto cerrarle el paso que conquista preeminencia y mando y sentirá rápidamente la mano que lo azota. Es lo único que el liberto recibe vencido, las azotainas. El amo de grandes prestigios se las da sin misericordia seguro de que esa alma está aprisionada por una tara de siglos que no se esfumará jamás.

Para un país esas vidas en sujeción fatal constituyen el estorbo que lo mantiene en una regresión cada vez más peligrosa. El amo las tiraniza en todas las posiciones que llegue a ocupar. ¿Qué seguridades enfrenta el país a detener una conquista, cuando son esas vidas dominadas por taras centenarias las que suben a la atalaya? Se las ve como la prole bastarda enfrentada a los Escitas, blandir el arma fuerte. Cavan también el foso que fortalezca la defensa y mengüe el ímpetu del conquistador. Todo lo preparan con distinguido ánimo. Mas, van a flaquear y huirán. Muy pronto, o es un pavor visible lo que los pone en fuga, o apagan su conciencia como planta marchita. Nada consigue un país con almas así.

Pero si en la defensa de un país son funestas esas vidas caladas por la tara del esclavo, en la conquista de sus defensas son de una fealdad pavorosa. Con ansia desmedida buscan el amo criollo o extranjero. El látigo debe de estar sonando y golpeando. Mientras no lo perciban descargarse humillante no tienen sosiego. El país no existe sino como campo de dominio. ¿Para qué luchan unos hombres por conservar las tierras libres del latifundio y del dominio extranjero? ¿Para qué defienden la electricidad? ¿Para qué las aguas? ¿Para qué las rutas aéreas? Son unos mentecatos que hoy se llaman nacionalistas y

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades